

# -: B A N I :-

## Parcela Histórica de su Vida en la Villa y en el Valle.

### Emociones, Recuerdos, Añoranzas.

1862-1938

Por el Maestro Fed. Henríquez i Carvajal. (1)

El fenecimiento de José Paulino, ahora, como en el año inicial de la centuria mi segunda visita a la acogedora villa ilustrada, a su turno, por Manuel de Regla Mota, Máximo Gómez i Francisco Gregorio Billini ha evocado en mi espíritu el recuerdo lleno de añoranzas de mi primera visita al Valle del Peravia. Trentiocho años habían transcurrido entre una i otra; e igual tiempo hace actualmente que vacié en una página emotiva las impresiones renovadas de aquella segunda visita.

Recordar es renacer i a veces amar. En este momento se me agolpan en la mente i en el corazón las primeras impresiones, recibidas en las "Fiestas de Bani", en el curso de la última semana de noviembre i del último mes del año 1862.

Mi madre i una de mis hermanas habían ido con antelación i se hospedaban en la amable residencia de la familia Herrera Mota. Yo tenía catorce años cumplidos cuando, por vez primera, fuí por mar i tierra a incorporarme a mi madre i mi hermana Adelina. Mi madre la inolvidable había ido a Bani en busca de la salud perdida.

Las fiestas de ese año habían sido rumbosas.

(1) Esta página histórico-literaria debió circular, simultáneamente en "Olio" i en "Ecos del Valle". La Revista bimestre demoró su salida i el semanario banilejo tomó la delantera i lo hizo, gentilmente, con las líneas precursoras que se reproducen en esta nota:

COLABORACION VALIOSA.— Anunciamos a nuestros numerosos lectores que en nuestra próxima edición insertaremos un valioso trabajo del eximio Maestro de cuatro generaciones dominicanas, Don Federico Henríquez i Carvajal, astro de primera magnitud en el cielo de la intelectualidad americana. El valioso trabajo se intitula "Recuerdos i Añoranzas". Nos honra sobremanera la deferencia que hace el Maestro a nuestras humillísimas columnas i estamos mui agradecidos de quien orientó su vida por la ruta de un ideal que no ha sufrido ni eclipses ni desmayos i que desde su altura nonagenaria riega rosas frescas i fragantes de su corazón i diáfanas claridades de su pensamiento.

Diríase que con ellas, como festival de fin de año, iba a cerrarse su perioricidad en previsión de la próxima revolución restauradora. Yo era clérigo y corista en la Catedral, aun, —pues ahorcaría los hábitos al estallar el movimiento iniciado en Capotillo,— i acompañé al padre Rozón, cura de la parroquia, en la salve i en la misa cantadas con que terminó el octavario de la Virgen de Regla.

Algunos de los jóvenes capitaleños, regustados, permanecían como huéspedes del ameno valle, i en diciembre se inició una serie de saraos vespertinos i nocturnos. Algunos fueron bailes. El visitante adolescente doi fé de ello, fué el maestro de la contradanza llamada "los lanceros" recién venida de España i en boga en la capital de la República. Esos ensayos eran en la tarde i prima noche, a modo de saraos vespertinos, i tanto se le ensayó que, dejándolas satisfechas, las bailadoras no manifestaron deseos de que los lanceros fuesen bailados como número obligatorio en el programa de los bailes.

El de diciembre fué un festival complementario de las fiestas celebradas en noviembre. Culminó en las Pascuas i hasta Reyes. Los saraos menudearon. Los bailes fueron cinco. El último de ellos fué todo un éxito. El visitante de menor edad, acompañado de un coro de señoritas, se atrevió a pedirle la sala de su grave i silenciosa morada al anciano ex Presidente Regla Mota. En su casa nunca se había bailado; i el pedido hecho en nombre del enjambre de señoritas no le enojó, como era de temer i en la noche siguiente se bailó en la residencia del austero prócer desde las ocho hasta las doce en punto. Aquel éxito se celebró como una victoria de la cordialidad dominico-banileja.

En los actos sociales en referencia se contó como solía con el concurso de la orquesta de baile organizada por el maestro Juan Bautista Alfonso. Ese concurso era doblemente estimable en opinión de damas i caballeros, porque las piezas bailables eran el vals-mazurka, merengues i mangulinas i todas se debían al estro musical del veterano organizador de la primera banda



marcial creada en la República. Estaban en boga algunas de las más criollas. Dos valsos perduraban: "El que no tiene mil pesos no baila" i "Adios Felipe Leiba" (2). El segundo se bailaba al compás de este estribillo: cantado en coro:

Adios Felipe Leiba  
cabeza de queso... (3).

El merengue típico, por su ritmo ondulado, que aun se recuerda como una de las mejores composiciones del Coronel Alfonseca, no faltó en el programa de las fiestas banilejas. Se inicia con este pareado:

Juana Aquilina va llorando  
porque la llevan merengueando.

La mangulina preferida por las banilejas era entonces la referente a un joven capitaleno de apuesta figura i trato exquisito. Era puntual a la cita cuando Baní estaba de fiesta. Su madre era banileja. La mangulina expresa en otro pareado el interés afectuoso que despertaba la ausencia del buen amigo a quien se echaba de menos:

Dónde estás Manuel Abreo...  
dónde estás, que no te veo? (4).

\* \* \*

La noche buena, celebrada en familia en varios hogares, fué un suceso social realizado en la residencia de la familia Soto. Allí se reunió, con gran número de damas, el grupo de jóvenes de la villa i el de los visitantes capitalenos retenidos por Cupido i no por Baco. Entre los primeros figuraban: Máximo Gómez, Antonio Vidal, Francisco i Ezequiel Mota, Pepe Andujar, los hermanos Pimentel, Calixto Mejía, Marcos i Melchor Cabral i Francisco Gregorio Billini. Entre los segundos se contaban Manuel A. Henríquez, Alejandro Román, José María Pérez, Juan Pablo de Castro, José Joaquín Pérez, Tomás i Ezequiel Velazquez.

Poco antes de las doce, la hora selecta, mientras se distribuían el maní, los lerenes, los pan de frutas, los pastelitos, i como postre, las panelas del famoso dulce de leche, una afluencia de gente divertida, al son de improvisada música campestre, irrumpió por la calle i por el patio. Los instrumentos eran: un "cuatro", dos "tiples" un violín, un pandero i un "güiro". Venían tocando y cantando en coro un merengue con este estribillo:

"No se acabe este fandango  
hasta al amanecer".

(2) El vals mazurka, cuyo es el nombre endecasílabo, no debe sorprender por lo caro de la contribución exigida. Mil pesos en moneda de papel equivalía entonces a cuatro pesos en moneda de plata u oro.

(3) Era hermano menor i socio de D. José Martín Leiba, honorable comerciante genitor de la numerosa familia que lleva su nombre. La letra alude al queso de bola holandés que importaba la casa Leiba & Co.

(4) El músico se permitió la licencia, como si fuera poeta, de sustituir la U por la O en el apellido Abreu, obligado por la consonancia.

Dos honorables padres de familia venían al frente de la invasión villareña: los hermanos don José i don Hipólito Billini. Era un asalto dado por varios de las familias que habían celebrado a prima noche, su hogareña noche buena. Ese aparente abuso de confianza era un amable gesto revelador de la cordial armonía que reinaba en el valle del Peravia.

"La del alba era" cuando la numerosa concurrencia, reunida en la morada de la familia Soto para celebrar la Noche de Noel, se disolvió en un ambiente de confianza i de alegría. Bien pudo entonces llamársele a Bani, remedando a Benavente, la Villa Alegre y Confiada.

\* \* \*

Así era ciertamente. La villa señoreaba el solar en donde las casas de madera i los bohíos techados con pencas de guano tenían asiento; i era, en su sencillez aldeana, como un oasis en la llanura del valle tranquilo i risueño.

A lo lejos en el vecino monte, triscaban las ovejas i las cabras. Las cabras ubérrimas listas para el ordeño darían el jugo lácteo utilizado en las panelas del dulce de leche. En los apiarios, al aire libre, los emjambres de las abejas laboriosas llenaban de miel los panales. Monte adentro el hacha derribaba el árbol robusto i lo dividía en trozos para ser exportados, con destino a ultramar aunque a veces surgiese la ingenua pregunta del campesino burlado por el déficit sufrido, en tono lastimero i sorprendido: "¿I mi guayacan?"

Tal era la contribución de las cabras, las abejas i los hombres. Las hacendosas mujeres de los dos extremos del poblado —"pueblo arriba" y "pueblo abajo" rípiaban las pencas de guano i, como producto de sus manos, honestas, tejían escobas, macutos, esterillas, aparejos i árganas. Las fibras más finas de la palmera ia empleaban en tejer sombreros de alas anchas, para los campesinos i los viajeros, quienes los usaban a manera de quitasoles.

Las familias acomodadas ocupaban el centro de la villa i especialmente las casas solariegas que encuadraban la plaza con el templo católico en uno de sus lados, o eran vecinas de aquellas en las calles adyacentes.

En esas casas reinaba la alegría del vivir i cada señorita distribuía las horas hábiles en hacer guariqueñas o en tejer, con hilo o con lana de colores, bufandas i paños para uso propio i para adorno de la sala i las alcobas. Ello no era óbice a la cultura autodidáctica por medio de la lectura. La banileja, como la capitalena gustaba de la novela i de la comedia o el drama. Recuerdo haber visto, sobre la mesa de caoba en la sala, tres novelas poemáticas en que aparecen Graziela, Julia i Fior d'Aliza, flores de su jardín interior, evocadas por la pluma i la lira de Alfonso de Lamartine. Sobre otra mesa, en la sala de una casa vecina pude ver abierto i a la mano el volumen de dos dramas en boga del mismo autor, recién venidos al país i luego representa-



dos por aficionados. Camprodón los había bautizado con sendos nombres de puro romanticismo: "Flor de un Día" i "Espinás de una Flor". En el hogar de una amante de los poemas, en prosa o en verso, ví en las manos de una gentil abrileña la versión castellana de la leyenda "Evangalina", obra de Longfellow.

Algo de esa cultura se debía también al contacto amistoso de las jóvenes villareñas con las jóvenes capitaleñas. Las primeras visitaban a las segundas, en ocasiones señaladas, i eran huéspedes bienvenidas de algunas familias relacionadas con no pocas de Baní. La reciprocidad, aunque era menor el número de las visitantes i eran menos las ocasiones aprovechadas, fué siempre motivo de satisfacciones para las unas i las otras.

En la página de principios del siglo, antes aludida, hice mención de las carreras de macutos en los juegos populares. Era un remedo si no una parodia, de las antiguas carreras de sortijas. Pero olvidé las giras o pasa-días no menos alegres i divertidas.

Lo fué en extremo la organizada i realizada la víspera del día de Reyes. La cita se hizo para el amanecer en la amplia plaza de la villa. Allí se reunió un enjambre de mariposas: las señoritas i adolescentes vestidas de varios colores. Algunas trajeadas de amazonas. Los jóvenes montaban a caballo en burros. Las jóvenes iban en sendos corceles; las amazonas, en galápagos. Una, sin embargo, montaba un gran burro, propiedad del General Regla Mota, que servía de padrote i nadie osaba montarlo por sus resabios. Amelia Báez i Andújar que lucía entonces sus quince abríles, fué la jinete del manso burro.

Se dió la señal de partida... i el burro, indomable aunque domado, se resistió en una serie de curvas i corcobeos. La amazona lo azotó en vano; i ella pidió i obtuvo un trozo de madera que ardía en un fogón vecino. Con el encendido trozo dióle al burro en la cabeza i por un momento las chispas saltaban a modo de lluvia de fuego, mientras la jinete i el burro sin desahirse seguían en la lucha. El cuadro era emocionante. En torno de la plaza se escalonaban los concurrentes, temerosos, mientras la valiente i hábil banileja le asestaba un segundo golpe que domó a la bestia. Entre un clamor de alegría echó a andar el gran burro. Amelia Báez, de pleno derecho, ocupó la vanguardia de la cabaigata.

No faltaron en el camino caídas por la cabeza o por la cola de más de un burro. El autor de estas líneas fué lanzado, a su turno por el burriquito que montaba.

El pasa día tuvo lugar en dos secciones sucesivamente: en Sombrero i en El Llano. En ambos reinó la alegría i Amelia Báez fué la Reina de la gira. En El Llano lució la LUNA sus galas juveniles. En Sombrero brilló el SOL con sus rayos femeninos. Ni la una ni la otra campesina

sufrió el menor eclipse, como sol o como luna, con la irradiación de la heroína del paseo.

\* \* \*

Continúo estas líneas, dictadas al correr de las manos del mecanógrafo, haciendo mención honorífica de las principales familias que eran entonces ornamento de la villa alegre i confiada.

En la casa solariega del anciano Regla Mota lucía su piedad filial i sus gracias abrileñas la hija soltera, Encarnación, a quien el cariño llamaba "Canela". Sus hijos mayores, Manuel e Ignacio, tenían ya hogar i familia. Tres de las hijas, Margarita, María i Altagracia, mantenían el fuego sagrado del suyo con su prole. Rosendo Herrera era el esposo de Margárita; José de los Santos Echavarría éralo de María; i Altagracia era esposa de Francisco Heredia. Los más antiguos hogares eran estos: el de Don Cherí Victoria, el de Don Jaime Vidal i el de Don Alejandro Victoria. Extranjeros los tres, como el viejo Billini, fundaron allí también su hogar banilejo. (5).

Otros hogares distinguidos eran el de la familia Castillo, el de la familia Andújar, el de la familia Gómez, el de la familia Soto, el de la familia Pimentel... En el primero lucían edad i gracia Filomena, Fidelina, Josefa i Altagracia. En la segunda dos de las cinco hermanas lucían por su belleza: Agueda e Isabel. En la tercera había un joven de veinticinco años, graduado de Sargento en la Batalla de Santomé, a quien seis años después los Pinos de Baire señalarían como el héroe máximo de ambas campañas libertadoras de Cuba.

En el hogar de Basilio Echavarría eran: Guadalupe, la joven una realidad estética; Amalia, la adolescente, una promesa; i Encarnación, la niña, una esperanza. Carolina aun no había nacido. Guadalupe, con quince abríles, era única en el hogar de Don Hipólito Billini; Mercedes, su coetana, era única en el hogar de Don Rosendo Herrera; i más de una alegraba el hogar de Don José Billini. En el hogar del brigadier Francisco Heredia i Altagracia Mota la prole era de varones. Los dos mayores, Joaquín, de nueve años, se graduaría de Médico en Cuba para ejercer en Santo Domingo; i Nicolás de siete años, vendría de Cuba a graduarse de Abogado en Santo Domingo, para ejercer en Cuba. El segundo llegó a ser un escritor i novelista justamente celebrado.

(5) Don Alejandro Victoriá había nacido en Burdeos, Francia i se casó en Baní con su prima la bondadosa Josefa Victoriá. De allí se trasladaron los dos esposos, con sus siete hijos, a la ciudad de Santo Domingo; i en 1884 rindió la vida el distinguido caballero. La hija se casó con Carlos Tomás Nouel para ir a residir a Monte Cristy i luego a Puerto Plata. Los seis varones —Arístides, Eduardo, David, Alfredo, Eleodoro i Eladio— con su madre viuda se establecieron en el Cibao i entonces fué cuando dominicanizaron su apellido. El último Eladio Victoria fué Senador i, por un breve lapso Presidente de la República.

Debo hacer mención especial de la casa solariega en donde Victorino Paulino era el padre i Tomasina Rodríguez la madre amantísima. Dos de sus hijas, las mayores eran gala del hogar i de la villa: Margarita i Calixta. Una de las tres infantiles, Angelita, sobrevivió a sus hermanitas menores. Indeleble ha sido i es el agradecimiento que me inclina a recordar que la familia Paulino Rodríguez, como la familia Herrera Mota, fueron entonces las que extremaron sus atenciones con sus huéspedes. La segunda nos alojó unos días en su residencia; la primera nos cedió la casita anexa a su morada hasta nuestro regreso a la capital, i fuimos una sola familia. (6).

\* \* \*

Las relaciones amistosas mantenidas entre algunas familias de la capital con las familias de Baní, solían culminar en enlaces matrimoniales de bellas o graciosas banilejas con apuestos jóvenes "dominicanos" como a veces llamaban a los capitaleños.

A raíz del triunfo de la Restauración, en julio de 1865 hubo dos bodas en resonancia social, por tratarse de dos señoritas que simultáneamente gozaban del estético prestigio de la belleza; Lupe Echavarría fué la primera esposa del correcto Florentino Herrera; i Aguedita Andújar pariente de las tres Vírgenes de Galindo y homónima de la mayor de ellas, fué esposa de José María Pérez, a quien en Baní se le llamó el "Gallardo".

Herrera, viudo, casó luego con Encarnación, hermana de su primera esposa.

Las huellas de Pérez i de Herrera fueron seguidas, luego, por otros jóvenes capitaleños. Citaré algunas bodas contraídas en el lapso de tres a cuatro décadas: Manuel Abreu i Francisca Heredia, Juan de la Cruz Alfonseca y Fidélina Castillo, Francisco Travieso i Juana Francisca Guerrero, Manuel Galván Aguiar i Calixta Paulino, Mateo Velasquez i Zunilda Pimentel, Tomás del Monte Echavarría i Casilda Andújar, Carlos Tomás Nouel y Bobadilla i Hortencia Victoria, Francisco Abreu Román i Dolores Miniño, Alfredo Matos i Carolina Aristizabal, Armando Depool i Aurea Andujar, Pablo Machado i Carmen Vidal. También Machado contrajo segundas nupcias con una hermana de su finada esposa, Josefa Vidal.

Virginia Echavarría i Mota, contrajo matrimonio con Leopoldo Ceara. Esta joven espiritual fué autora de un manojito de cartas admirables

(6) La amistad de la familia Henríquez con la familia Herrera Mota era íntima. Rosendo Herrera solía hospedarse en nuestra casa solariega; i allí fué presa de una violenta enfermedad que en dos días le causó la muerte.

por el sentimiento i el estilo. Fué también madre de Lavinia Ceara i Echavarría inteligente i culta que ocupó el más alto puesto en las páginas de honor del Instituto Salomé Ureña, malograda cuando florecía como madre en la primavera de su vida.

Cinco hermanas no gemelas como las Dionnes, sino radios de la estrella del hogar de la familia Herrera celebraron sucesivamente sus bodas con jóvenes capitaleños: Mercedes con Angel M. Soler; Ozema con Alberto Read; Livia con Rafael Bonilla; Elvira con Alberto Schotborgh; Angelina con Ernesto Bonetti Burgos.

La última boda de esa serie que ahora recuerdo fué la de Juan Manuel Pellerano Amechazurra con Angélica Gómez.

También los extranjeros establecidos en Baní fundaron allí, con gentiles damas banilejas, su respectivo hogar solariego. Así, restaurada la República, Miniño i Blandino, APARATISTA, o sea practicantes en el cuerpo de sanidad del ejército español, se quedaron en el país i contrajeron matrimonio i fundaron su hogar dominicano. Otro español, Incháustegui, años después desposaba, con Joaquina Andújar. Un distinguido caballero europeo, Mr. Baehr, celebró sus nupcias con una no menos distinguida banileja, Margarita Paulino, hoy anciana venerable rodeada de hijos, nietos i biznietos.

Los enlaces entré banilejas i capitaleños nunca fué óbice a los de los jóvenes banilejos con sus convecinas no menos bellas que dignas de ceñir las coronas de azahares. Citaré algunos matrimonios de relieve: Antonio Vidal i Josefa Castillo, José Andújar i Emilia Pimentel, Marcos Cabral i Amelia Báez i Andújar, Carlito Mejía i Mercedes Herrera Mota, Francisco Gregorio Billini i Angela Paulino, Melchor Cabral e Isabel Billini, Armando Ortiz i Asia Guerrero, Pedro M. Aristi i Guadalupe Billini, Julio Herrera i Amalia Echavarría, Joaquín Incháustegui i Marina Elena Cabral i Billini, Virgilio Pimentel i Josefa Emilia Andújar, Santiago Incháustegui i Consuelo Pérez, Aquiles Cabral i Billini i Carmita Landestoy, José Paulino i Carolina Medrano, Melchor Cabral i Billini i Jimena Fernández, M. de J. Landestoy i Margarita Pol, Fabio F. Herrera i Ana María Cabral Billini. Este último casó, en segundas nupcias, —lo mismo que su padre— con Agueda Cabral Billini hermana de su primera esposa.

El casamiento entre distinguidas jóvenes banilejas i no menos distinguidos jóvenes capitaleños era tradicional o lo parecía cuando mi primera visita al Valle de Peravia, desde antes del advenimiento de la República los hubo. Tales fueron estos que cito ahora: Francisco Xavier Abreu i Ciriaca Romero, el Dr. Caminero i Guadalupe Heredia, Manuel M. Valencia i María Antonia Billini, Jacinto de Castro i Concepción de Lara, Juan Alejandro Acosta i Altagracia Báez, Gregorio González Santín i Concepción E-



chavarría, Uladislao Guerrero i Teresa Medrano, Félix María del Monte i Encarnación Echavarría, Miguel Lavastida i Altagracia Heredia, Juan Ramón Fiallo i Ana María Cabral Figueredo.

\* \* \*

Enero del año 1863. Domingo de Belén. Era la hora triste de la partida. Ya asomaba la aurora cuando nos detuvimos en el caserío de Paya los dos viandantes, jinetes en sendos caballos, para ver como la irisada aurora anunciaba la llegada del nuevo día. La naturaleza jubilosa vestía sus galas sin cuidarse de la tristeza de nuestra despedida. Nuestro silencio parecía balbucir: "Se acabaron ya las fiestas de Bani". (7) Ambos nos íbamos de la villa, acogedora i a-

(7) Mi compañero de viaje era Francisco Herrera i Mota, hijo de Rosendo Herrera i Margarita Mota. Era el primogénito, con dos años mayor que yo i fué interno en el Seminario bajo el rectorado de Meriño. Fuimos, pues, condiscípulos i él figuraba como yo entre los discípulos dilectos del futuro Arzobispo de Santo Domingo.

legre, con la nostalgia de un bien perdido. Ya solo éramos dos seminaristas que volvían a las aulas del Seminario no sin duelo. Esto duraría poco. Al estallar el grito i el disparo de Capotillo la mayoría de los seminaristas abandonarían las aulas para alistarse en el servicio de la revolución restauradora.

\* \* \*

La del alba era! entonces fué cuando, con una profunda emoción, no exenta de melancolía, la poesía de la hora, del valle i de la primavera de la vida, despertó en el alma del adolescente el ritmo del poema lírico. El poema se esbozaba ya con la visión de la payesa.

Algunos años después la lira versificó en dos estrofas aquella emoción estética; i en JUVENILIA se leía, como aun se lee, el poema auroral que languidece al final de la segunda estrofa con estos versos:

Canta el gallo. Mi caballo  
tasca el freno. La tristeza  
nubla el viaje... Fué un celaje  
la visión de la payesa!

Fed. Henríquez i Carvajal.

## DUELO ACADEMICO

Dos próceres de la cultura venezolana, universitarios i académicos, han dejado con su muerte un gran vacío en los centros intelectuales de Venezuela: el Dr. Caracciolo Parra León i el Dr. Plácido Daniel Rodríguez Rivero.

El primero había nacido al iniciarse la presente centuria i pudo decir, con Víctor Hugo al referirse a su nacimiento en la aurora del siglo XIX "cuando yo nací el siglo tenía dos años". Era joven aún —solo tenía trentisiete años de edad— i su rico acervo como Profesor en la Universidad de Caracas i como Individuo de Número en la Academia de la Lengua i en la Academia de la Historia, con una abundante labor recojida en varios volúmenes de diversas disciplinas científicas, históricas i literarias, parecía surgir de una fuente inagotable. Su muerte ha interrumpido, a deshora, la magna obra de su poderosa inteligencia i de su amor a la cultura indo-hispana.

El segundo era también, aunque ya no era joven, un servidor incansable de la higiene i la salud, como médico, i de la cultura de su país, como investigador ejemplar dentro i fuera de la Academia de la Historia.

La Academia Venezolana de la Historia, en la edición de su Boletín correspondiente al primer trimestre del año, nos hace saber que ambos académicos se ausentaron de la vida con pocos días de intervalo: Parra León murió el nue-

ve de febrero i Rodríguez Rivero el veintiuno del mismo mes.

La Academia Dominicana de la Historia se une al duelo de la Academia de la Historia de Venezuela por ambas pérdidas irreparables; i, como el primero de los académicos fenecidos lucía entre sus credenciales la de Correspondiente venezolano de nuestra Academia, acojemos, con simpatía dolorosa la página que consagra a su memoria el aludido Boletín, para reproducirla, mercedamente, en la presente edición de "Clío".

Ella contiene la mención honorífica de las credenciales que destacan, en alto relieve, la personalidad del malogrado prócer de la intelectualidad venezolana. Es como se copia en seguida:

Caracciolo Parra, cuesta trabajo creerlo, contaba apenas treinta i siete años de edad. Como lo puntualizó un diario con motivo de su muerte, "espléndio talento, cultura intensa i bien adquirida, capacidad extraordinaria para el trabajo, investigador paciente i acertado, fueron condiciones que hicieron de Parra León un ciudadano prestigioso i un patriota como debe entenderse esa actitud ciudadana". En efecto, formado bajo una rígida disciplina moral i mental, Caracciolo Parra no dió nunca espaldas, durante su corta i fecunda existencia; a los principios i a los métodos bajo cuya sombra aprendió a sen-

